

Vidal de la MADRID ÁLVAREZ, *Los Menéndez Camina y la arquitectura barroca en Asturias*, Gijón, Ediciones Trea, 2018. 279 págs.

Un nuevo avance sobre la historia de la arquitectura asturiana de época moderna sale a la luz. El profesor de la Madrid aborda un amplio estudio sobre un periodo de transición en lo cronológico, los siglos XVII al XVIII, si bien en lo estético pone de relieve el dinamismo creativo que experimentó la región bajo la esfera barroca.

Es necesario dejar atrás los tópicos que venía repitiendo la historiografía tradicional, y que en ocasiones aún se dejan leer, sobre el atraso en la recepción de los frentes avanzados artísticos de la periferia atribuyéndolo a las malas comunicaciones y amparándose en ser un territorio más, dentro de las regiones cantábricas peninsulares, caracterizadas por el aislamiento.

Esta monografía viene a reivindicar la recepción, si bien un poco más tardía que en otros espacios de la corona castellana, del pleno barroco, caracterizado por la profusión decorativa. Pero incluso esto ha de ser matizado para desvincularse de la denuncia anterior. La paulatina contención ornamental de la arquitectura asturiana del siglo XVII ha de entenderse desde la óptica de los principales profesionales de la construcción, arquitectos y/o maestros de cantería procedentes de la montaña santanderina, quienes hegemonizaron la edificación de promoción civil y eclesiástica, pública y privada, en líneas generales, a lo largo de toda la modernidad. Las redes por ellos creadas, el modo de trabajo a destajo y en cuadrillas, las relaciones de parentesco que guardaban entre sí, las solidaridades a la hora de pujar para lograr contratos y avalarse los unos entre los otros son algunos de los factores que contribuyeron a su éxito. Esto traía parejo una herencia estética procedente de la que se fragua en el conjunto escurialense bajo la dirección del cántabro Juan de Herrera. Su estética, tendente a la desornamentación, al uso de las normas que reían los órdenes clásicos condicionan la arquitectura asturiana, en lo que se ha venido denominando estilo post-herreriano, si bien de más larga duración en Asturias que en el resto del territorio de la corona, a lo largo de una buena parte de la citada centuria.



No será hasta mediada la misma cuando se vayan introduciendo ciertos matices barroquizantes, en cualquier caso tendentes a la sobriedad, cuestiones ya tratadas por autores como Germán Ramallo, Yayoi Kawamura o el propio Vidal de la Madrid; y cuando la exuberancia decorativa es más acentuada hay que tener en cuenta la intervención de escuelas foráneas como pueda ser la gallega. Estas cuestiones, las aborda en un primer capítulo «Clasicismo herreriano y barroco decorativo» donde construye un discurso que muestra al lector las líneas directrices de tal evolución estética.

La obra se centra, además en una familia específica, los Menéndez Camina, que tienen la peculiaridad de ser oriundos de la región y desvinculados, por ende, de aquéllos de origen trasmerano, y acaparadores de la profesión constructiva. Serán los primeros en ascender y marcar una clara diferencia, un verdadero frente avanzado de la novedades estilísticas que mantenía una línea continuista con el barroco sobrio, y que irán descollando a lo largo del ulterior siglo en figuras como Pedro Antonio Menéndez o su discípulo Manuel Reguera González, a los que de la Madrid ha dedicado sendas monografías y que vienen a adentrarse en los nuevos postulados clasicistas del XVIII, fagotizados por la institución académica de las Bellas Artes de San Fernando, donde se cuadra Reguera. La nueva situación producirá en el reino (Asturias no será ajeno) un amplio debate y conflictividad entre los nuevos maestros comprometidos con el reformismo academicista y los profesionales tradicionales, que tenderán a ser apartados de las obras oficiales.

Con anterioridad, trata dos aspectos a modo de preámbulo en sendos capítulos. Por un lado, «Entre el menosprecio y el anonimato» hace una revisión historiográfica sobre la consideración del Barroco, siempre desde la perspectiva negativa y censora que entabló el academicismo neoclásico, en el que se embarcó la monarquía de los Borbones. En esta línea, Antonio Ponz habla en su *Viage de España* de «secta churrigueresca», más tarde Jovellanos en su *Elogio de Don Ventura Rodríguez* llega a opinar que ciertos constructores y decoradores «prostituían la arquitectura, disfrazándola y sacándola a la escena sin unidad, sin gracia y sin decoro». Juicios continuados por el primer historiador del arte, Ceán Bermúdez, y condicionaron a la crítica posterior y discurso historiográfico. En este sentido, los Menéndez Camina fueron ignorados manteniéndose sobre ellos uno completo anonimato durante los siglos XIX y XX, hasta que desde nuevos presupuestos científicos amparados en la institución universitaria comienza a reivindicarse su obra, de la mano del ya citado Ramallo.

De otra parte, en «Un asunto de familia», de la Madrid Álvarez reconstruye la trayectoria vital no solo de los dos protagonistas de este libro: Francisco Menéndez Camina, *el Viejo*, y su hijo, homónimo, *el Mozo*, sino del conjunto de su

parentela, dedicada al oficio de la construcción, ejerciendo diferentes oficios. He aquí donde radicará su éxito, como ya comenté, los Camina, en cierto sentido, emularán el modo de trabajo, las relaciones y formas de solidaridad de los cántabros lo que les facilitó la vía del éxito.

Es a partir de aquí, donde el autor centra el grueso del volumen, el estudio de la obra de los dos Franciscos. El padre como el iniciador de la saga, el introductor del gusto decorativista desde el ámbito local avilesino del que es oriundo hasta ponerse a la par de los principales maestros trasmeranos en la región y hacerse con importantes obras costeadas por significativas instituciones de la sociedad asturiana: los jesuitas y los benedictinos de Oviedo, y la administración pública, a través del ayuntamiento de Avilés y el corregidor Altamirano. Su profesionalidad y estos primeros patrones fueron excusa suficiente para que trabajara para lo más granado de la sociedad asturiana en los postrimeros días de su vida, la principal autoridad eclesiástica, el obispo fray Simón García Pedrejón, que promueve una nueva capilla relicario en honor de Santa Eulalia de Mérida, que desde el segundo tercio de la centuria fue erigida en patrona de la ciudad ovetense y del Principado, el espacio sacro ejercería también una función funeraria para acoger los restos del prelado. También trabajó para el estamento nobiliario: una de las principales familias asturianas, los Bernaldo de Quirós, marqueses de Camposagrado en la reforma, o mejor habría que decir construcción, por la envergadura del proyecto, de sus casas de morada en Avilés.

Con el óbito de Francisco *el Viejo*, le sucederá su hijo. Su obra queda dividida por este hecho. Hasta 1694, *el Mozo* trabaja a la sombra de su progenitor, será a partir de esa fecha cuando dé rienda suelta a su imaginación y creatividad al servicio de la ornamentación, hasta el punto que el autor habla de su «eclecticismo». En un primer momento, Francisco hijo está envuelto en obras vinculadas al consistorio avilesino u otras de promoción eclesiástica regular en el entorno. En la segunda parte, además de heredar ciertos proyectos inacabados por su padre obtiene otros nuevos como su intervención en el monasterio de San Salvador de Cornellana (Salas), la casa de los García Pumarino o la capilla de San Antonio en el convento franciscano de Avilés. Su éxito le hace trabajar para los Camposagrado, donde despliega una amplia imaginación en la decoración de la fachada de su palacio; también para otras familias destacadas de las oligarquías urbanas asturianas, como los Ramírez de Jove, luego marqueses de San Esteba del Mar, en Gijón, para quienes proyecta no solo su nueva residencia sino también una amplia capilla anexa bajo la advocación de San Juan Bautista. El prestigio y el éxito obtenidos favorecerán su intervención en obras en Galicia, Castilla o Cantabria.

El libro no queda en unas meras descripciones de edificios, análisis estilísticos o procesos constructivos; va más allá y contribuye al análisis social de la Asturias de la época como promotora arquitectónica, sobre todo los principales estamentos: la Iglesia, regular y secular, y la Nobleza, desde las principales familias aristocráticas a las menos pudientes e hidalgas vinculadas a las oligarquías municipales. Éstas, no pocas veces, entrarán en contacto con los arquitectos que contratan para sí cuando previamente hubieran visto los resultados de encargos municipales, otro promotor importante en la época. De otro lado, el autor muestra respecto historiográfico al dar cuenta de las autoridades previas que trataron los casos de estudios, pero sobre todo, la novedad que se palpa es el uso y puesta en valor de la documentación inédita, con la que se contribuye no solo a cimentar el discurso sino a sacar de las sombras del anonimato a otros artífices menores que orbitan alrededor de los Menéndez Camina, incidiendo en la tupida red de relaciones que la familia tejió y en la que sustentó su permanencia al lado de otros destacados maestros en la región como Ignacio del Cajigal o Gregorio de la Roza.

Quizás haya de finalizar advirtiendo, como otros ya lo han comentado, el mismo autor de este trabajo, sin ir más lejos, que introducir las novedades estéticas no era tan fácil como en un principio ha de pensarse. No solo se trata de establecer un canal de comunicación entre dos ámbitos, sino también de compromiso y de gusto por una de las partes en el arte de la construcción: el promotor. En no pocas ocasiones es éste el que impone el estilo, no en balde la edificación ha de ser de su agrado. Los Menéndez Camina, en este sentido, lograron imprimir un nuevo lenguaje, reconocible no solo en la región sino comprometido con lo que se venía realizando en otras geográficas, la vecina Galicia, sin ir más lejos, en la que es posible se hubiera formado Francisco, hijo. Su éxito y su adaptación a los nuevos tiempos se observa en su proyección extraregional, algo que hasta el momento ningún arquitecto local había logrado. Estas circunstancias son las que movieron a los Ramírez de Jove, próximos a obtener el título de Castilla, a demandar para sus «casas principales» unas trazas «a la moda de estos tiempos» (pág. 262).

JUAN DÍAZ ÁLVAREZ